

El puente de palo

Juan Marcos Pérez Santana



SEGUNDO PREMIO 2021

El puente de palo

Juan Marcos Pérez Santana

EL PUENTE DE PALO

—¿Qué hora es? —preguntó Frida con tono sacro, al tiempo que exhibía sin complejos los surcos de su rostro—. —

—Las ocho y cuarto de la mañana, abuela, ya es hora de espabilarse —respondió Israel—. El nieto lleva puesto el pijama de los Dundalk FC y los calcetines antideslizantes que dos años antes se había comprado en Cork cuando un día, sin pensarlo dos veces, decidió irse a Irlanda de Erasmus.

Firme y seguro de sí mismo, Israel descubre las cortinas sin previo aviso, dejando entrar los rayos de sol como niños alborotados después del recreo. La anciana, con desesperación, se enrosca en una de las viejas sábanas de su ajuar dejando caer al suelo, sin querer, la manta rojo amapola que la cubría. En el borde de la sábana aún se puede leer las siglas A&F que Josefa, la tía de Gáldar, le bordó con hilo azul turquesa como regalo de bodas.

Frida tiene ya sobre su espalda encorvada, sus delicadas rodillas artríticas y su alma, nada más y nada menos que noventa y cuatro años, pero siempre ha gozado de buena salud. Ni la meningitis que contrajo con tan solo cinco añitos, cubriendo su piel de una ictericia amarillenta durante semanas, ni la gripe española, ni el mismo COVID-19 han podido con ella. Se puede decir, en pretérito perfecto, que ha sido una mujer fuerte pero ahora ya no se defiende sola y de pie, pierde el equilibrio sin su andador. Antes de la pandemia del coronavirus, la sometieron a una intervención de angioplastia coronaria para mejorar el flujo sanguíneo de su débil corazón y ahora su respiración, mimosa, le pide permiso constantemente para hacerse notar.

Israel, con el mando en la mano, ayuda a la abuela a recostarse en la fantástica cama que Mari Pino, la única hija de Frida y enfermera de profesión, ha conseguido en la página web de "Milanuncios.com". Es una cama de noventa por ciento noventa, eléctrica, articulada, con carro elevador, sistema trendelenburg y colchón viscoelástico. La moderna cama permite a la mujer realizar las posturas que se le antoje, pero en ocasiones, el mando le juega malas pasadas a la anciana y la mano de Frida, subyugada, obedece a la frustración.

Su nombre, lejos de las costumbres de la época, fue antojo de su madre Dolores que por aquel entonces trabajaba en casa de una familia inglesa, en el barrio de Vegueta. La familia Wood llegó a la

capital grancanaria para dedicarse al comercio de exportación. El señor Thomas tenía los ojos claros y un cuerpo robusto, con sobrepeso. De barba selvática y bigote inglés con puntas engominadas, apenas hacía acto de presencia en la casa. La mayor parte del tiempo lo pasaba en su oficina y, si no, en el “British Club”, ubicado cerca del hotel Metropole. La señora Wood, a pesar de que ya en aquel entonces las mujeres podían acceder a las instalaciones del club, nunca lo frecuentó. La señora era alta, delgada y de cadera estrecha. Siempre vestía con colores oscuros y nunca se quitaba el broche de plata maciza, adornado con una llamativa aguamarina en el medio. Con su eterno moño de bailarina y una tez blanca que la delataba como anglosajona, era la mano que mecía la cuna de aquel enorme caserón ubicado en la calle Dr. Chil, exactamente en el número 24. Dolores se encargaba del gobierno y supervisión de la casa. Aparte de ella y de Miguel Cabrera, el chófer del señor, había tres chicas más al servicio de los Wood. Una era del Cruce de Sardina del Sur, otra del barrio de Arenales y la tercera de la Aldea de San Nicolás. Los señores no tuvieron hijos. Muchos años después de llegar a la isla y tras el trágico accidente de la hermana menor de la señora Frida y el esposo de esta, los señores decidieron adoptar a Matthew y a Chelsea Wellesley, que en aquel entonces contaban con cinco y siete años respectivamente. La señora ya no estaba para cuidar querubines por lo que los pequeños estaban tutelados por dos “nannies”, una rubia con gafas ovaladas y la otra morena, ambas inglesas y delgadas como finchos. Chelsea y Matthew apenas sabían hablar español por lo que la comunicación con el servicio de la casa era prácticamente nula. Si en un momento dado surgía la necesidad de decir algo, tanto un bando como el otro, se hacían valer de gestos y muecas.

En un primer momento, los Wood se instalaron en la conocida zona de Ciudad Jardín, barrio por excelencia de la colonia inglesa pero al poco tiempo, cansados de los fisgoneos y rivalidades vecinales entre los Miller, los Swanston o los Russell, los señores decidieron trasladarse al barrio fundacional de la ciudad, Vegueta, donde encontraron el sosiego que tanto deseaban. Dolores apreciaba a los Wood, sentía devoción por ellos. En alguna que otra ocasión, asomada en el balcón exterior de la casa y mientras oía el repique de campanas de la catedral de estilo neoclásico de Santa Ana, dejaba volar su imaginación. Soñaba que ella, en otra vida, en otra Vegueta y con otro estilo de moño, era la señora de aquella enorme casa y tenía una hija llamada Frida. Su sueño se hizo realidad muchos años después, no siendo la señora de ninguna casa colonial, pero sí teniendo una hija, gracias, eso sí, a la intervención de la Virgen del Pino, a la que se encomendó para poder concebir. A la niña le puso de nombre Frida, como la señora. Al principio, Dolores se sintió muy orgullosa de aquel nombre

procedente del mismísimo imperio inglés pero luego vino la decepción cuando se enteró, por el propio señor, que el nombre era de origen germánico ya que los abuelos maternos de la señora procedían de la ciudad de Stuttgart, Alemania.

Frida, recostada ahora en su cama, se dispone a desayunar pero cada día tiene menos apetencia. —Primero vamos a medirte el nivel de oxígeno que tienes en sangre y la frecuencia cardíaca, abuela. Luego, tus pastillas y el desayuno; café con leche con tus galletas María.

Israel, sentado en el moderno sillón poäng de Ikea ubicado en una de las esquinas de la habitación, le impone a la abuela el suplicio mañanero para que empiece a comer. En un momento dado, Frida se escapa de puntillas y alza el vuelo por la gran ventana, dejando volar su mirada, fija al infinito mientras el nieto, frunciendo el ceño, la mira en interrogante. La anciana regresa de su fugaz huida y, de repente, le pide al muchacho que coja de la cómoda color caoba, legado de su madre Dolores, la caja azul añil de las famosas galletas “Butter Cookies” de origen danés. De la destartalada caja, saca una carta desgastada y amarillenta, seguramente por el paso del tiempo, y se la entrega.

Después del resbalón mental de Frida y su rara actuación, Israel da por sentado que la nonagenaria puede estar entrando en un proceso de desorientación, posiblemente porque no está alimentándose bien o porque, como en otras muchas ocasiones, las infecciones de orina le afectan a la cabeza y empieza a delirar. Frida, antes de que su nieto muestre su pronto desinterés por aquella vieja carta, empieza a relatar en tercera persona, con recta memoria y a corazón abierto, un capítulo perdido entre sus recuerdos. Un capítulo de los muchos de su larga vida, sin adornos, sin notas a pie de página, sin agua oxigenada ni tiritas, donde una joven salió al mundo voluntariamente para que este la estrujara fuerte y la envolviera en papel de celofán.

—Te voy a contar una historia que nunca he contado antes —dijo la anciana—. Todo comienza cuando la joven Frida Montesdeoca sale del barrio de Cuatro Puertas de su Telde natal para empezar a trabajar en casa de los Wood donde hacía muchos años ya su madre Dolores Ramírez prestaba sus servicios.

Israel, extrañado, no entiende aquel empeño en narrar una historia en tercera persona, como si la Frida del relato no tuviese nada que ver con aquella mujer esquelética de la cama pero guarda silencio. Posiblemente, relatar de aquella forma la historia la engrandecía como narradora y la immortalizaba como protagonista.

— Frida empezó haciendo pequeñas labores en casa de los Wood — continuó relatando la anciana—. Iba al mercado de Vegueta, llevaba la correspondencia semanal de los señores a la oficina de correos o, simplemente, embetunaba los zapatos del señor. La señora Wood le tenía un aprecio especial porque tenía su mismo nombre. Como señora de la casa, la enorgullecía y le hacía sentir más importante de lo que ya era entre los suyos. En una ocasión, después de tomarse su habitual brandy escocés de las tres, la señora Wood, con mirada inglesa, sonrisa alemana y un español lacónico y desordenado le dijo a Frida que era una pena que, teniendo una cara tan bonita y aterciopelada, trabajara como asistenta en una casa. Ella no entendió bien lo que quiso decir, pero restándole importancia al comentario de su trabajo, el resto se lo tomó como un halago, haciéndoselo saber con una sonrisa de media luna.

Un jueves, como cualquier otro, la muchacha se disponía a cruzar el Puente de Palo para ir a la oficina de correos cuando divisó, en el otro extremo, a un chico de pelo castaño, con ojos de mar azul zafiro, párpados caídos y pómulos prominentes. El muchacho la observaba en la distancia también. Al unísono, empezaron a caminar y cuando se encontraron el uno al lado de la otra, el muchacho le regaló una sonrisa que hizo enrojecer las blanquecinas mejillas de Frida. Ella, adoctrinada bajo el santo manto de Dolores y siendo fiel al decálogo de las chicas serias y honradas, apenas lo miró y siguió su camino. La muchacha no conocía varón y su madre se había cuidado mucho bastante de que continuara conservando impoluto el blanco inmaculado, con mantilla de domingo, misal y rosario de madera en mano. Transcurrieron los días y al martes siguiente, sin recordar aquel encuentro fortuito del pasado, casi a la misma hora, cuando la muchacha se disponía a cruzar de nuevo el viejo puente, volvió a encontrarse, al otro extremo, al mismo chico. Con la misma sonrisa y el azul profundo de sus ojos, apareció esta vez despeinado y con ropa de trabajo tiznada de carbón. Frida intentó jugar al despiste, pero el gesto de sus puños contraídos y el apretón inconsciente de sus labios la delataron. Cuando se encontraron a la misma altura, él repitió el mismo ritual; sonrisa oceánica y ojos altivos pero esta vez, aprovechando la afluencia de gente en ambas direcciones, se le antojó el roce de una de sus manos con la punta de sus dedos. Con aquel simple y minúsculo roce, el cuerpo de Frida entró en ebullición donde el corazón, a puño desgarrado, pedía salir de su pecho.

Israel escucha atentamente a la abuela y con una pequeña dosis de anestesia verbal la interrumpe, recordándole que debe terminar de desayunar. Ella, desafiante tras la llamada de atención, apretó sus labios como de costumbre y, como si de una niña chica se tratara, continuó con su relato.

—Frida que, con diecisiete años, apenas sabía nada del mundo, aquellos dos encuentros, más el segundo por el roce corporal que el primero, la hizo sentir feliz, plena y especial. Sí, definitivamente era feliz o ella creía que lo era. En esos momentos no necesitaba nada más. Solo sabía que a la semana siguiente y a escondidas del mundo que la rodeaba, tendría un nuevo encuentro furtivo con aquel muchacho en el puente que unía el barrio de Vegueta con Triana. Entre ellos no había palabras ni conversaciones, solo existían las miradas de dos inexpertos enamoradizos que se negaban una y otra vez a romper aquel raro y bonito silencio. En un tercer encuentro, al roce de sus manos, se sumó la entrega de un pequeño papel que él escondió cuidadosamente entre los dedos de la muchacha, intentando disimular que lo hacía. Frida, al llegar a la casa de los Wood, se dirigió al patio trasero. Allí, donde dejaban las cajas de madera para exportar los plátanos, se sentó sobre una de ellas y, temblorosa a la vez que ilusionada, leyó aquel trozo de papel arrugado que decía: “Me llamo Jesús Manuel de Todos los Santos y tú me gustas”. De repente, sin esperarlo, unas mariposas de múltiples colores aparecieron en el estómago de la joven y empezaron a revolotear. Jesús Manuel, así se llamaba el misterioso héroe y villano de ojos azules que rondaba todas las noches, sin permiso, en la cabeza de la chica. Frida, imitando el valiente acto del pretendiente, en el cuarto encuentro, sobre aquel destartalado Puente de Palo, le entregó, con una timidez bailando en sus ojos, un papelito doblado que cogió prestado y a escondidas del escritorio de la señora, en el que escribió: “Me llamo Frida, y tú también me gustas”. Así empezaron a conocerse, de una forma inusual, donde las palabras desmayadas se resistían a hacer acto de presencia en los labios carnosos de aquellos dos adolescentes.

Jesús Manuel tenía dieciocho años recién cumplidos y, gracias a su primo Dionisio y sus contactos, entró a trabajar en la compañía Elder Dempster & Company, una de las principales navieras británicas que se había instalado en el Puerto y que al mismo tiempo también era exportadora, consignataria y banco. El carbón que extraían de Inglaterra procedente de las minas inglesas de Newcastle o de Gales, se enviaba a Gran Canaria. Aquí, se vendía a los barcos de vapor que iban al puerto a reabastecerse de combustible y continuar su ruta hacia el Atlántico. Y ahí, entre montañas de carbón, palas y muchas, muchas gotas de sudor, estaba Jesús Manuel ganándose un salario que no lo iba a enriquecer, pero que era suficiente como para salir adelante.

Tras varias semanas, en el décimo segundo encuentro, Frida, recogiendo el pelo con una diadema y usando uno de los dos vestidos que tenía para los domingos, se dirigió al lugar de culto

donde aquel muchacho supuestamente la esperaría. Al verlo, volvieron las mariposas, esta vez embriagadas de júbilo, pero la cara de Jesús Manuel no despertaba un vislumbre de alegría, estaba serio, con sus rasgos crudos y rectos. Empezaron a caminar y cuando los dos cuerpos se nivelaron a la misma altura, él se paró en seco. Con un saludo frío y cortante le entregó una carta y, dando media vuelta, se fue con la vergüenza cocida en sus espaldas, dejando a Frida quieta, muda y sola, rompiendo en mil pedazos el ritmo secuencial de los encuentros pasados. Después de varios segundos y de un empujón en seco de un transeúnte desesperado, Frida reaccionó. Se dio la vuelta y regresó a la casa con el rostro cabizbajo, dándose cuenta al finalizar la calle Obispo Codina, que no le había entregado su carta, lo que ya poco importaba. Al llegar, vestida de miedo, con las manos temblorosas y un sudor de frío báltico resbalándole por el cuello, leyó lo que nunca hubiera deseado leer:

— Frida, el domingo parto rumbo a Cuba. Pensaba decírtelo con antelación pero, inesperadamente, el viaje se ha adelantado. Necesito y deseo salir de aquí, ver ese mundo que otros relatan en las postales. No quiero oler más a carbón. Quiero prosperar y aquí sé que no lo haré. Mi tío Antonio, que vive en La Habana, me ha pedido que me vaya con él. Allí las oportunidades son infinitamente mayores que en cualquier otro lugar. Te quiero, lo sabes y aunque esto puede parecer una locura quiero pedirte que vengas conmigo.

Los ojos de Frida empezaron a llenarse de lágrimas, al tiempo que intentaba releer, sin éxito, aquellas palabras que le estaban lanzando naifes afilados por todos los bordes de su alma. ¿Cuba?, ¿Irnos? . Después de aquella carta todo cambió y ya no era la chica que no necesitaba nada porque todo lo tenía. La indecisión de quedarse o de irse no la dejaba pensar, ni dormir, ni comer, casi apenas le dejaba respirar. Esperando a la vez que desesperaba finalmente tomó una decisión. Fusiló con sus ojos cruelmente las agujas del reloj hasta que llegó el último jueves, el día del adiós temido. Ese día no escribió nada. Se vistió con una blusa blanco roto y una falda negra, presagiando el luto anunciado. Cogió una estampita de la Virgen del Carmen que María Teresa, la prima de Risco Blanco, le había regalado y se la metió en el bolsillo. La estampida estaba coloreada, resaltando el marrón café del vestido de la virgen y el gris ceniza de los escapularios colgando en las manos de la madre y el hijo. Antes de pisar el empedrado de la calle, suspiró hondo. El camino se le hacía raro; no sabía si apresurarse o pausar el paso. De repente paró en seco y una voz le susurró en su oído izquierdo que, si Jesús Manuel la quisiera de verdad, no se iría a Cuba. Miró de reojo y allí estaba él, su diablito, desafiante, mostrándose con sonrisa provocadora. Cuando intentó retomar el paso, esta vez en el oído

derecho, otra voz le musitó las mismas palabras. Se giró y allí su angelito, avergonzado, le sonreía. Por una puñetera vez y por raro que pareciera, ambos, haciendo una tregua sin precedentes, pensaban igual.

Llegando al puente divisó a Jesús Manuel en mitad del trayecto. Al llegar donde estaba él, este le regaló una sonrisa cogiéndola de la mano. Ella, tímidamente, le correspondió al tiempo que le entregó la estampita de la Virgen del Carmen. Jesús Manuel sacó del bolsillo una carta, su última carta, y con sonrisa temblorosa y observando la estampita de la patrona de los marineros, le dio la misiva, adivinando entristecido la respuesta de la muchacha. Se miraron, sonrieron y se hizo el silencio. Entristecieron sus rostros y volvieron a sonreír hasta que, sin previo aviso y sin una pastilla de diazepam de cinco miligramos que llevarse a la boca, llegó el te quiero y el adiós de Jesús Manuel acompañado de su primer y único beso. Ella, sin apenas fuerzas y sintiendo por primera vez los labios del joven sobre su mejilla derecha, arrastró su adiós desde el fondo de sus entrañas y sintiendo unos finos zarpazos en las cuatro paredes de su delgado estómago, lo despidió. Cada uno cogió un camino y, volviendo ambos la cabeza una y otra vez, se desvanecieron entre la multitud.

Israel, observándola, obligó a sus ojos a expulsar alguna lágrima para empatizar con el relato pero no lo consiguió. Sólo esbozó un “qué bonita historia, abuela”. Frida le detuvo en seco y señalando con su dedo índice la carta que le había entregado, le pide que la lea. Israel, intentando no olvidar la ineludible cita online que tiene ese día a las nueve y media de la mañana con M^a Teresa Escobedo, la tutora de su Trabajo de Fin de Grado, abre la carta obediente y la lee en voz alta.

— Si te escribo esta carta es porque, de antemano, ya sé cuál es tu decisión. Sé que sientes lo mismo que yo, pero también sé que no vendrás. No te culpo Frida. Tienes más deseos de quedarte que de irte; yo más deseos de irme que de quedarme. Siento todo esto. Eres lo más bonito que han contemplado mis ojos en estos 19 años de existencia. Gracias por este lindo tiempo que me has regalado. Te deseo lo mejor, lo más bonito. Te quiero.

— Nunca más supe de Jesús Manuel. Lo único que conservo es esa carta, ni una foto, solo esa carta. Durante mucho tiempo estuve enfadada con él por haberse ido y conmigo misma por haber sido tan cobarde, pero ya todo eso quedó atrás. ¿Seguirá vivo?, ¿conservará mi estampita de la Virgen del Carmen?, ¿seguirá en Cuba o con los años decidió volver? No, si hubiera vuelto, tan solo por curiosidad

me hubiera buscado, digo yo, a no ser que ... – Escopeteó Frida directamente a los ojos de su nieto mientras se lleva a la boca una de las últimas galletas del desayuno.

— No lo sé abuela, podemos buscar en internet. Si me das sus apellidos quizás podamos averiguar algo de él o de su familia, si es que la tuvo. Te prometo que indagaré, pero en estos momentos estoy enfrascado en un eterno veinticuatro siete con el TFG y necesito terminarlo antes de que haga una locura y, como tu Jesús Manuel, lo deje todo y me vaya a Cuba – sonrió.

— Siempre he aborrecido Cuba, solo pronunciar el nombre me produce náuseas. Cuba me robó un sueño bonito, los primeros deseos juveniles y los palpitos novatos de un corazón enamorado. Aquello hizo que las mariposas de muchos colores se fugaran de mi estómago como infieles desertoras. Años después volvieron y las perdoné por su traición, sí, pero ya no revolotearon de la misma forma. Antonio, tu abuelo, que en paz descansa, era una buena persona y fue el hombre de mi vida pero Jesús Manuel, Jesús Manuel de Todos los Santos fue mi gran historia de amor – confesó la abuela. Ahora Israel, con los ojos acristalados, la mira serio, sabiendo que aquello que ha dicho la abuela le ha rozado el alma.

Frida, con triste sonrisa, le pide a su nieto que deposite nuevamente la carta en la caja de galletas. Coloca la bandeja con dificultad en la mesita de noche donde un reloj despertador marca una hora que poco le importa a ella. Coge el mando de la cama e intenta acostarse pero como casi siempre, no lo consigue. El nieto se acerca, le sonríe, acaricia su pelo blanco nieve y, cogiendo el mando, acuesta a la anciana. Frida empieza a tararear la estrofa de una canción:

—El sorondongo, mondongo del fraile, que salga la niña, que entre y lo baile. Si tú me quisieras, yo me casaría, que gofio y jarea no nos faltaría ...

En ese momento, Israel recibe un *wasap* de M^a Teresa Escobedo, la tutora. Va retrasada y pospone la videollamada para las diez y media de la mañana.